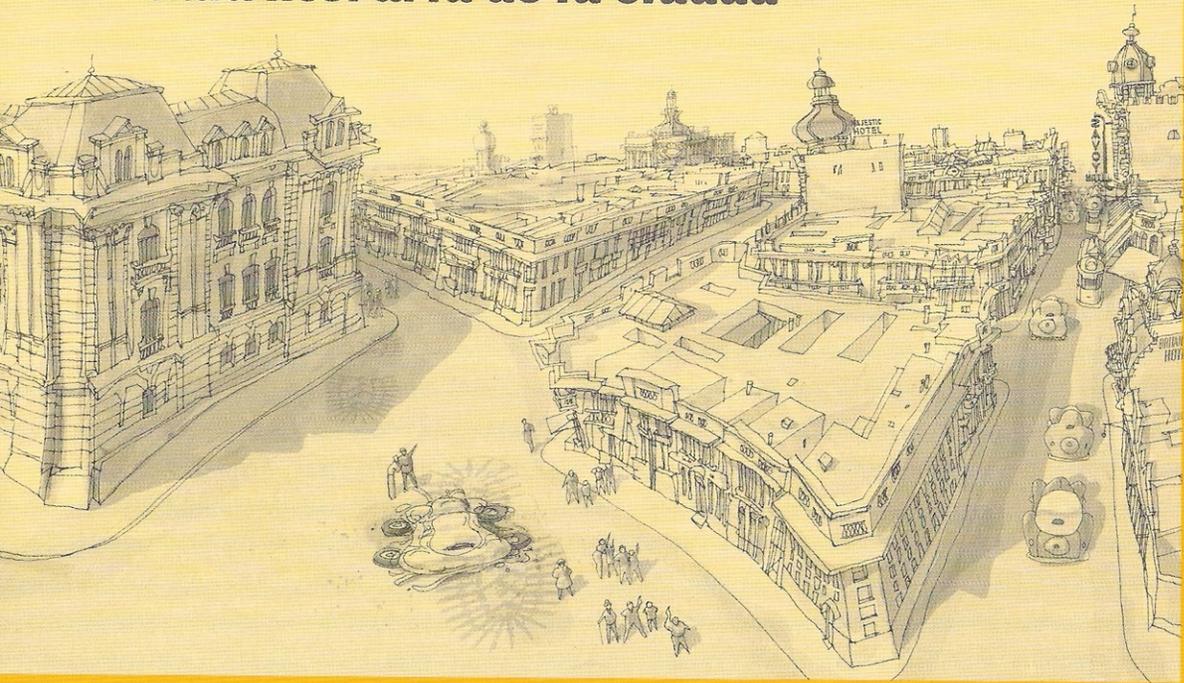


# Rosario Ilustrada

**Guía literaria de la ciudad**



**53 En el Rolls Royce de las grandes ocasiones. 54 El calor no cede. 55 El afirmado de madera brilla como encerado. 56 Cuatro escalones desgastados y seis estudiantes de modesta catadura. 57 Alguien sueña con la lluvia. 58 Un pasillo angosto lleno de puertas cerradas. 59 Predio del tiempo arrebatado al tiempo. 60 Escaparates iguales, veredas y caras iguales.**

**Beatriz Guido Sergio Gioacchini**  
**Carlos Suríguez y Acha Romeo Medina**  
**Aldo Oliva Juan Martini**  
**Concepción Bertone Ángel Guido**

## Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



### Recorridos anteriores

**1 Roberto Arlt 2 Jorge Söhle 3 Ada Donato 4 Felipe Aldana 5 Beatriz Vignoli 6 Lilian Neumann 7 Arturo Cancela 8 Rosa Wernicke 9 Jorge Isaías 10 Rubens Bonifacio 11 Patricia Suárez 12 Pablo Crash Solomonoff 13 Oscar Taborda 14 Alfonsina Storni 15 Daniel Giribaldi 16 Osvaldo Bazán 17 Borges/Bioy Casares 18 Daniel Briguet 19 Rafael Ielpi 20 Eduardo D'Anna 21 Héctor Sebastianelli 22 Florencio Sánchez 23 Fausto Hernández 24 Edgardo Dobry 25 Francisco Gandolfo 26 Alberto Lagunas 27 Angélica Gorodischer 28 Juan Carlos Onetti 29 Roger Pla 30 Edgardo Cozarinsky 31 César Tiempo 32 Noemí Ulla 33 Alejandro Rubio 34 Hugo Diz 35 Elvio Gandolfo 36 Luis Gudiño Kramer 37 Enriqueta Glardon 38 Mateo Booz 39 Facundo Marull 40 Pablo Makovsky 41 Perfecto Gambartes 42 Marcelo Scalona 43 Lubrano Zas 44 Adolfo Bioy Casares 45 Dermidio González 46 Jorge Barquero 47 Pablo Gavazza 48 Delia Crochet 49 Alma Maritano 50 Abel Rodríguez 51 Carlos Piccioni 52 Roberto Fontanarrosa**

**:e(m)r;**

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO

Rosario Ilustrada / Guía literaria de la ciudad

© Editorial Municipal de Rosario 2004

Edición general Pedro Cantini / Compilación y edición Martín Prieto y Nora Avaro / Ilustración Luis Lleonart, Milena Alessio y Silvina Marietta / Diseño Cosgaya Diseño / Impresión Borsellino Impresos

EMR agradece especialmente, por su colaboración en la elaboración de esta Guía, a Ricardo Avaro, Analía Capdevila, María del Carmen D'Angelo, Eduardo D'Anna, Hugo Diz, Elvio Gandolfo, Francisco Garamona, Daniel García Helder, Mario Ghione, Alberto Giordano, Diego Giordano, Rafael Ielpi, Jorge Isaías, Jorge Malla, Alfredo Monzón, Gladys Onega, Judith Podlubne, Agustina Prieto, Carlos Raggi, Roberto Retamoso, Sylvia Saitta, Oscar Taborda, Fernando Toloza, Alfredo Tornimbeni, Alberto Carlos Vila Ortiz, Susana Zemme, Héctor Nicolás Zinni.

Esta edición se compuso con las fuentes Rosario y Chivo, de Héctor Gatti (Rosario, Argentina, 2004).

por Beatriz Guido

—Venite. Vamos a Rosario, al entierro... No me dejés solo entre tantos galerudos.

—¿Qué entierro?

—El de Bordabehere; van todos los presidentes de partido.

—Eso no me lo pierdo —masculló mordaz—. ¿Hay lugar en el auto?

—Vení; Braceritas lo va a arreglar.

Adolfo adivinó que Guastavino necesitaba más que nunca de su presencia.

Su abuelo ordenó viajar en el Rolls Royce que solamente utilizaba para las grandes ocasiones. Él y Guastavino se sentaron en los trasportines. Braceras junto a Alejo Rodríguez, el senador saliente del partido por la provincia.

Durante todo el viaje no hablaron una sola palabra del asesinato en el Senado.

—¿Las lluvias no favorecen?

—Viene demasiado aguada la alfalfa...

—A usted le conviene: a las Aberdeen Angus las limpia.

—Sale demasiado aguada la leche...

Adolfo se adormeció durante todo el viaje.

Llegaron a Rosario en cuatro horas. Se detuvieron en el Hotel Italia. Braceritas se cambió de ropa y vistió un traje oscuro y cor-

---



---

**En el Rolls Royce  
de las grandes  
ocasiones**

---



---



El 23 de julio de 1935, en el marco del debate sobre el comercio de carnes con Gran Bretaña, en el Senado de la Nación fue asesinado de tres balazos, dirigidos a Lisandro de la Torre, el legislador demócrata progresista Enzo Bordabehere. Beatriz Guido recrea el episodio en esta novela que da un giro testimonial a su narrativa, hasta entonces de corte psicologista.

&gt;&gt;&gt;



»» bata negra. Unas cuadras antes de llegar a la casa mortuoria ordenó a Guastavino:

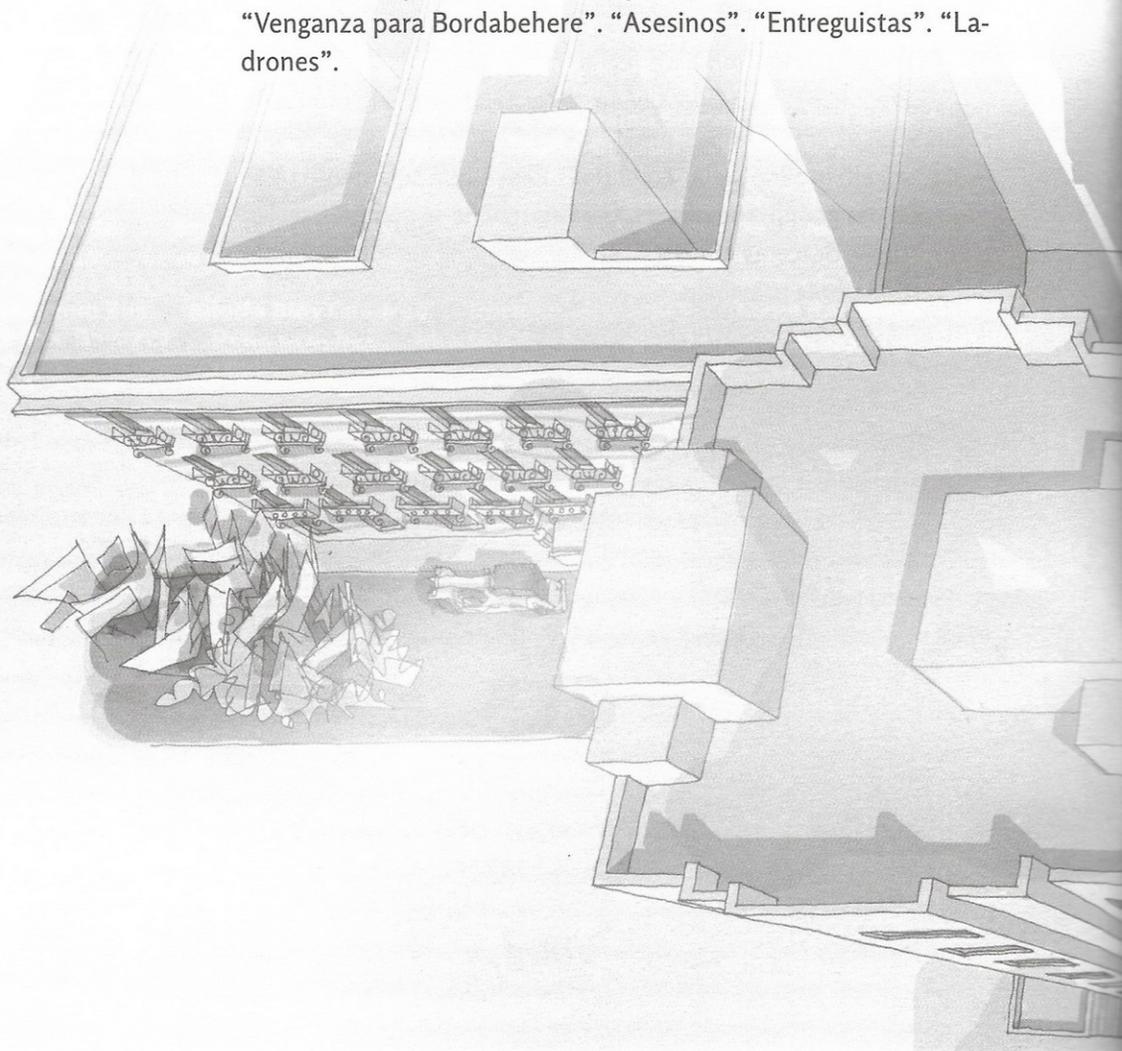
—Mejor te quedás por aquí; y vos —dijo refiriéndose a Adolfo—, te venís con nosotros.

Adolfo sintió que no podía ir con ellos.

—Te sigo después —contestó sin darle tiempo a responder. Y bajó del auto detrás de Guastavino.

Entraron en un bar cercano al lugar del velatorio; se sentaron a una mesa, detrás de la vidriera que miraba a la calle principal de la ciudad. La llovizna fría, semejante al rocío, empañaba los cristales.

Guardaron silencio. Vieron desfilan la procesión de manifestantes. Gritos de protesta. Carteles que decían: “Muera el asesino”. “Venganza para Bordabehere”. “Asesinos”. “Entreguistas”. “Ladrones”.





## 55 Entre Ríos y Córdoba

por Carlos Surínguez y Acha

**El afirmado de  
madera brilla  
como encerado**

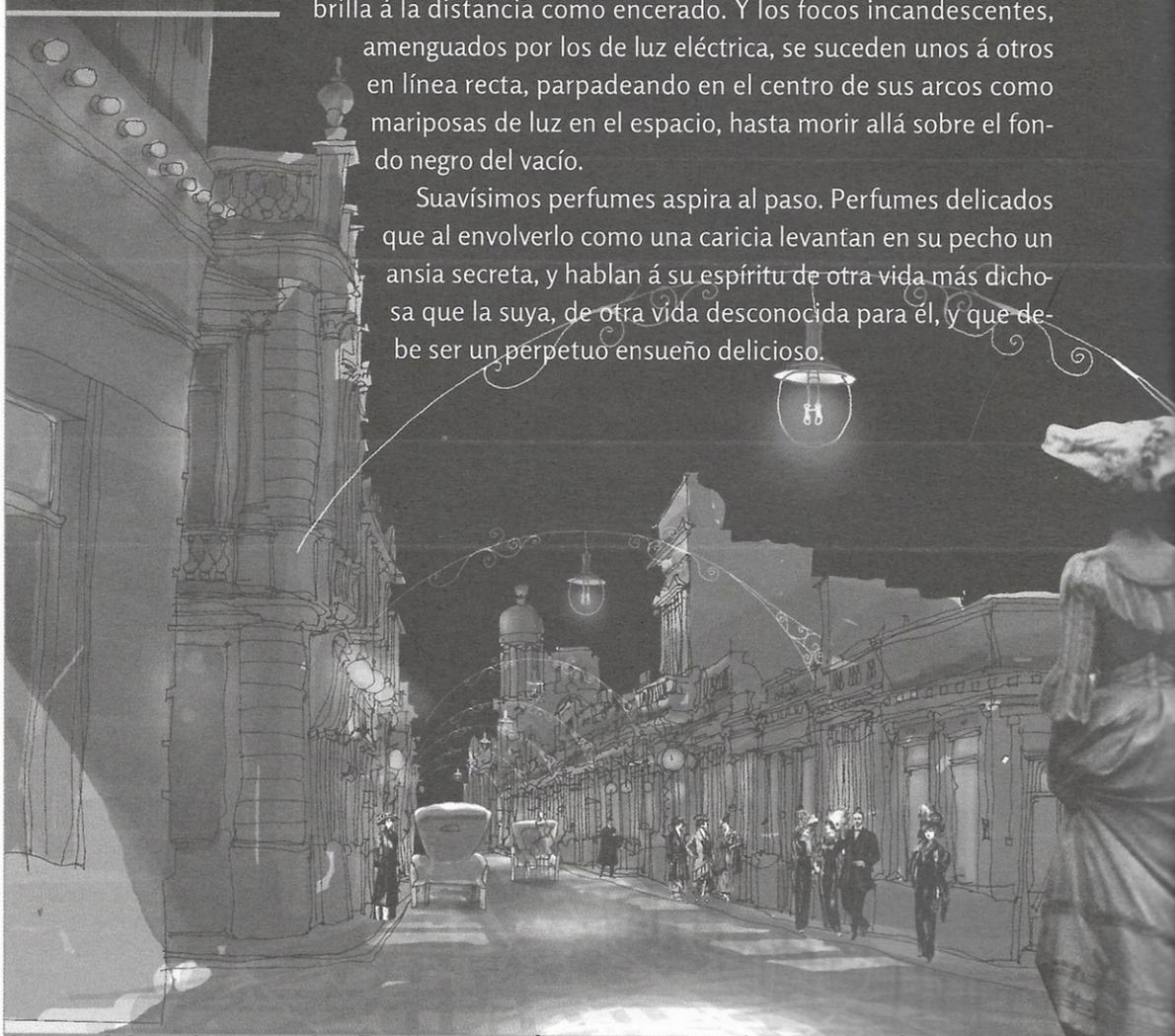
**P**reocupado camina, y se interna en la ciudad profusamente iluminada.

Por Entre Ríos viene y toma Córdoba hacia San Martín.  
Es una noche apacible de otoño.

Damas y caballeros transitan por el afirmado de madera, que brilla á la distancia como encerado. Y los focos incandescentes, amenguados por los de luz eléctrica, se suceden unos á otros en línea recta, parpadeando en el centro de sus arcos como mariposas de luz en el espacio, hasta morir allá sobre el fondo negro del vacío.

Suavísimos perfumes aspira al paso. Perfumes delicados que al envolverlo como una caricia levantan en su pecho un ansia secreta, y hablan á su espíritu de otra vida más dichosa que la suya, de otra vida desconocida para él, y que debe ser un perpetuo ensueño delicioso.

Carlos Surínguez y Acha nació en Concepción del Uruguay (Entre Ríos) en 1867 y murió en Rosario en 1941. Este es un fragmento de su novela *La comedia social* (Rosario, Vidaurreta, 1904).



Una dama apoyada como á su pesar en el brazo de un señor, le precede.

El señor avanza con un “tranco” largo y reposado, más bien tardío, dejando pesar la cabeza sobre el pecho como agobiado por la vida... Y ella erguida, garbosa, inquieta, con pasitos menudos y enérgicos, que hacen temblar la opulencia de sus carnes mórbidas, que todos miran con apetito salvaje en los ojos al apretarlas ella con la falda recogida y tirante hasta patentizar “adrede” sus dos nalgas provocativas... mientras así, como al descuido, deja ver entre la seda de su viso un pie pequeño calzado con bota de color, y parte de la pierna gruesa y bien contorneada, lo que permite adivinar todas las demás formas bellas de esa mujer del gran mundo.

Se diría que Juan se ruboriza á esa “coquetería palpitante” de aquella gran señora que lleva en pos de sí todas las miradas... y que por eso aparta los ojos, desciende de la vereda, apreta el paso y pasa adelante.

Y para borrar de su mente aquella visión que de tan seductora se le antoja “repugnante” contempla con los ojos del alma á Laura, esa Laura tan pobre y humilde, pero tan perfecta y púdica...

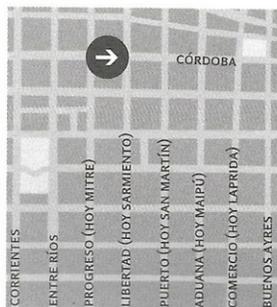
Las confiterías y los cafés intensamente alumbrados, con sus ventiladores quietos, sus relojes cuyo péndulo va y viene acompañado, y su clientela que bebe y conversa bulliciosa en medio de la más franca alegría. Los escaparates deslumbrando con su vívida luz, con sus artículos de plata, oro y pedrería que ostentan las últimas formas del arte fabuloso. Las vidrieras con sus globitos de colores, repletas de ropa hecha de géneros de fantasía, con precios que seducen y hablan muy alto del ingenio de nuestros mercaderes... todo esto atrae las miradas del joven al pasar, todo esto lo admira como si ésta fuera la primera vez que lo viese. Hay un momento en que quisiera ser dueño de sí, piensa con extrañeza profunda:

—Pero, Dios mío...! ¿Cómo es que hasta ahora no he reparado ni en esa gente ni en todo esto...? ¡Diría que estaba dormido y que recién despierto á esta vida...!

Sin darse cuenta, no obstante haber algunas boticas buenas en su barrio, viene al Águila. Acaso por ser ésta la mejor droguería de Rosario.



El entrerriano Carlos Suríguez y Acha fue obrero, peón de campo y peluquero en Puerto San Martín. Pero también, el primer novelista que encontró en la ciudad de principios de siglo, marcada por fuertes contrastes sociales, el campo fértil para el desarrollo de una estética naturalista.

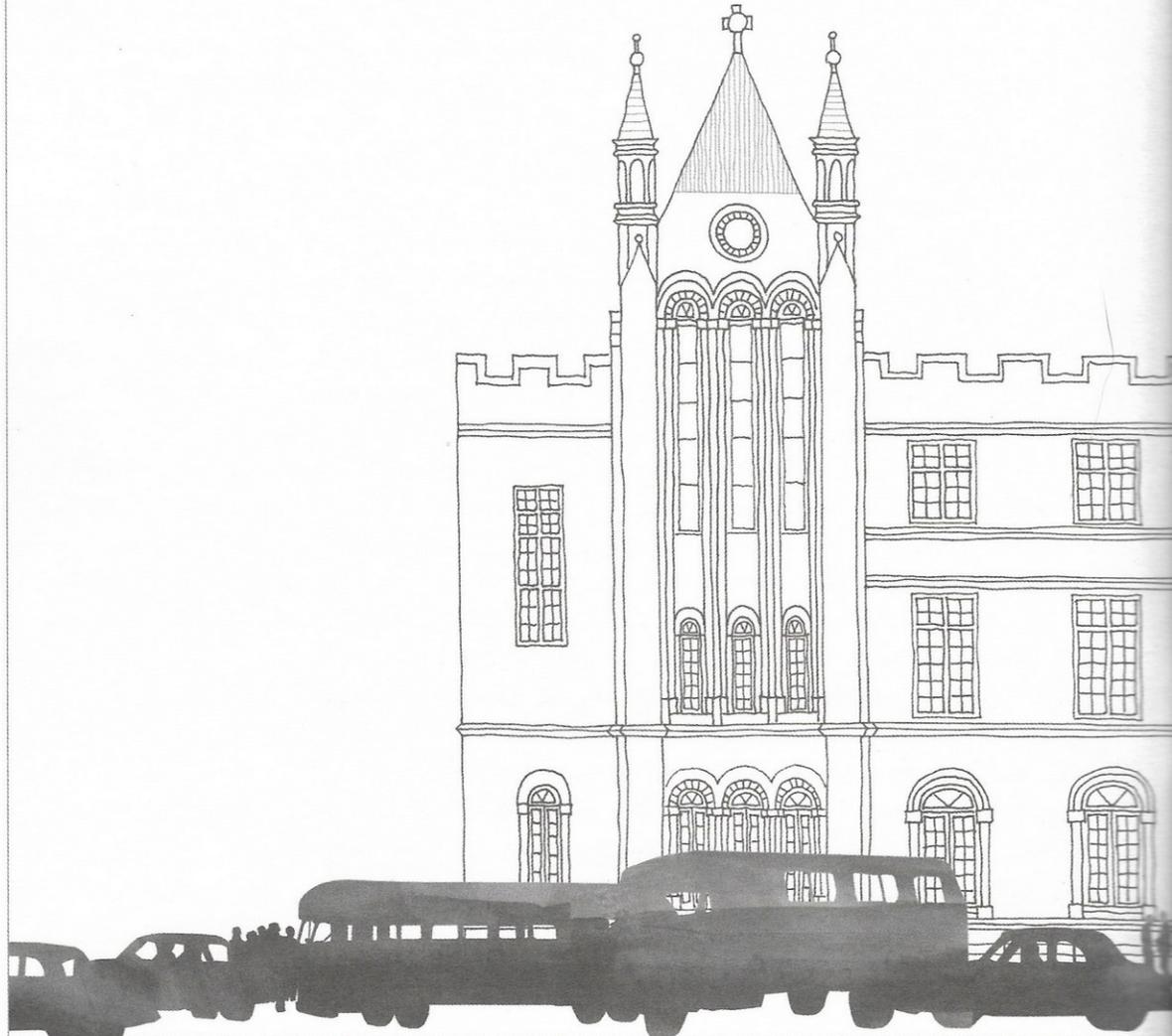


56

## Letras

por Romeo Medina

**O**mar Andriani, a quien muchos dicen el Negro por su piel medio oscura, más bien gris, sobre todo la cara, una cara que es como la sombra de su pelo negro largo lacio aplastado y gra-siento, sale de la Facultad de Letras, baja los cuatro escalones de mármol y dobla por la vereda de la calle Entre Ríos hacia el sur.



Romeo Medina nació en Rosario en 1932. Este es un fragmento del relato "No es un tipo derecho" perteneciente a su libro *El opa* (Buenos Aires, Galerna, 1969).

Apenas alejado un poco aparece en la misma puerta María Cristina Bafour, baja y de cuerpo menudo pero proporcionado, pequeños ojos como bolitas de vidrio negro, se para en medio de la vereda y grita sin vergüenza de gritar Negro, Negro.

Pero ya el Negro se ha alejado bastante y sigue de largo. Ella vuelve a subir los cuatro escalones desgastados, se cuela entre seis estudiantes de modesta catadura, tres mujeres, dos hombres y un epiceno, y entra en la Facultad.

El Negro Andriani sigue caminando hacia el sur y está a cuarenta y cinco metros de la puerta de la que acaba de salir cuando advierte que en la esquina está parado Mariano Novelli conversando con Eduardo Knudsen, ambos con libros y carpetas en la mano, y en-

**Cuatro escalones  
desgastados y seis  
estudiantes de  
modesta catadura**

>>>





tonces decide cruzarse de vereda. (Hasta hace una semana el Negro vive con Novelli. Desaparece de la pensión debiendo un mes y medio y llevándose, además de sus pocas cosas, un traje nuevo y dos mil pesos de su compañero.) Lo hace, y para eso debe escurrirse con peligro de sus piernas entre los paragolpes de dos automóviles estacionados, aguarda luego en medio de la calzada el paso de un ómnibus y una motocicleta y corre después, antes de que un taxi negro y amarillo, tenga tiempo de aplastarlo.

Llega a la otra vereda y continúa caminando en la misma dirección, con lo cual sigue sin embargo acercándose al lugar de Novelli. Considera un momento la situación y se pone a caminar al lado de una mujer alta y gorda conservando para sí el lugar de la pared, dejando que ella siga casi sobre el cordón, de manera que la cabeza de la mujer, a mayor altura que la suya, lo oculte de la peligrosa mirada de Novelli.

Pero, inocentemente, Novelli no vuelve la cabeza. El Negro dobla sin novedad en la esquina, por calle Córdoba hacia el este.

Han comenzado a encenderse los letreros luminosos y el alumbrado público. Las luces parpadean, estallan y se unen a las de las vidrieras y a los faros de los automóviles (no en esta calle reservada para peatones) tratando vanamente de detener la extinción progresiva del día y el crecimiento simétrico de la noche.

Apenas doblada la esquina Andriani se inserta entre docenas de peatones que como él circulan en muchas direcciones y a cualquier velocidad. Andriani ni disminuye la suya aunque sus ignorantes perseguidores han quedado atrás. Los comercios acaban de cerrar y las calles se han llenado de empleados, clientes de última hora y gente que viene de los barrios, todos a darse su ducha de nadería. Hay que abrirse paso entre la multitud instantánea y circulante. Las muchachas caminan del brazo hablando y riendo en grupos de dos y tres, con voces agudas, con un andar repentinamente recuperado del tedio de los últimos ratos inútiles perdidos detrás del mostrador. Hay hombres instalados de pie en los cordones de las veredas, mirando y diciendo cosas a las mujeres.

Zigzagueando por los lugares libres, extendiendo una mano a la altura del hombro para abrir un camino entre dos que conversan, Andriani consigue caminar ochenta metros y entonces se encuentra con Darío Cavalcanti, es decir, conmigo.



Con una acendrada conciencia de grupo, que es su marca generacional, los poetas y narradores rosarinos de los 60 encontraron en su propia vida literaria la materia de sus obras. Es el caso de Romeo Medina, quien escribe un relato en el que, detrás de los personajes de ficción, sería posible reconocer a algunos de los reales protagonistas de la bohemia de esos años.

57

## Sibarita (Bar y Restaurant)

por Aldo Oliva

Alguien aquí, en secreto,  
sueña con la lluvia  
que nos ampare en la tibieza a todos.  
Quita, tal vez,  
su tierno y dulce afán  
que solloza en la risa y en la música.  
Luis, que quizá alcanzara  
un lunes de piedad, un agujero silencioso  
en el estruendo de la semana  
ahíta, espantosa, pegajosa, incestuosa.

Ricardo,  
cuyo silencio  
cae o sube o vibra  
o es la piedra lanzada  
que ocupa las roturas del agua  
que tal vez cante.  
O Alberto, cuya sangre caerá,  
a corto o largo plazo,  
gota de cognac en el café,  
para probar contra lo que siendo  
lo natural —quizá—  
daña.

Y yo —y la que vive  
en mí— y todos  
en los que existo,  
como quien dice,  
me zafo sin fin al infinito;  
pero me quedo aquí, minúsculo,  
donde alcoholizo y festejo  
la piedra y la miel  
que nos ahoga  
en el giro total  
de la borrasca.

### Alguien sueña con la lluvia



En un círculo de bares y bodegones cuyo centro era la vieja Facultad de Filosofía y Letras, Aldo Oliva maceró por más de 30 años las bases de una obra que comenzó a circular a mediados de los 80 y lo ubicó inmediatamente entre los más destacados poetas argentinos contemporáneos.

Aldo Oliva nació en Rosario en 1927 y murió en la misma ciudad en el 2000. Este poema pertenece a su libro *Una Batalla. Poemas inéditos* / *Poemas últimos* (Rosario, Ediciones Aldebarán, 2002)

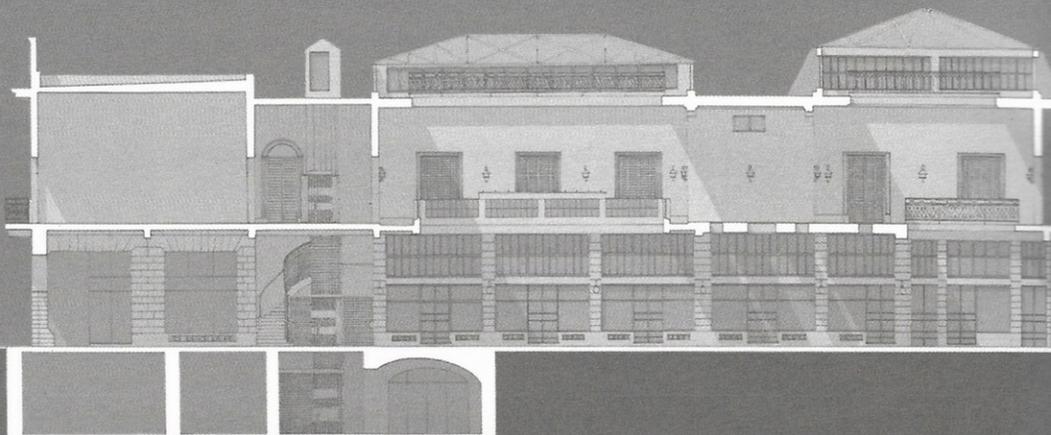
58

## Pasaje Pam

por Juan Martini

**Un pasillo angosto  
lleno de puertas  
cerradas**

**S**e baja del ómnibus en la esquina de las calles Laprida y Córdoba. Compra un diario y camina por Córdoba hasta Maipú. Su mirada indiferente recorre las fachadas: vidrieras atestadas de antigüedades en dos negocios atendidos por señoras que distraen su excesivo tiempo libre con obras de caridad, la oficina de apuestas del Jockey Club, un local de bowling, una casa de discos, el edificio del Jockey Club con sus puertas de metal y vidrio cerradas en la esquina de Maipú. La calle está llena de camionetas de reparto, de taxis y autos particulares embotellados en un tránsito desordenado. El ruido de las bocinas molesta a Vargas. Entra a un bar llamado "Ra-



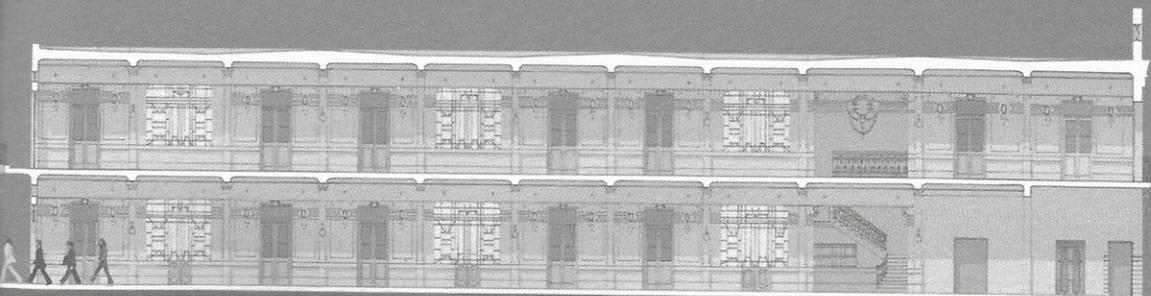
Juan Martini nació en Rosario en 1944. Este fragmento pertenece a su novela *Con el agua en los pulmones* (Buenos Aires, Juan Goyanarte, 1973).

yito de sol” y pide su desayuno: café con leche y cuatro medialunas. Despliega el diario y en una primera mirada se ocupa sólo de los títulos y las fotos y se detiene en las noticias policiales. Termina el desayuno rápidamente y fuma dos cigarrillos negros. Dobla el diario y se encamina a su oficina.

El Pasaje Pam es una oscura galería con entradas por Córdoba y Santa Fe. Los locales están ocupados por numerosas oficinas, depósitos, una galería de arte y una cooperativa, inmobiliarias, agencias de turismo y publicitarias. Vargas recorre la galería con paso lento. Saludaba con la cabeza a media docena de hombres que se cruzan en su camino. Unos veinte metros antes de llegar a la calle Santa Fe, a la izquierda, hay unas escaleras de mármol blanco con los escalones gastados y filosos en los bordes. Vargas sube por ellas y luego sigue por un pasillo angosto lleno de puertas cerradas con los cristales pintados o cubiertos con cortinas o papeles. Al fondo del pasillo un cartelito de chapa pintado de azul con letras blancas dice: “Investigaciones El Águila”. Ésa es su oficina.



Librero y editor de libros y revistas, Juan Martini fue protagonista de la vida cultural rosarina de los años 60 y 70. Autor de una importante obra narrativa, descubrió en las calles de la ciudad el ambiente propicio para el desarrollo de las tramas policiales de sus primeros relatos.



# 59 Bar Radar

por **Concepción Bertone**

## El gato del Radar

Íntimo territorio, me decías.  
Predio del tiempo arrebatado al tiempo.  
Al tiempo que deshace de los días  
lo que los días tienen de absoluto.  
Si hasta el negro emblemático  
del luto  
destiñó su dolor hacia los grises.  
Y devino el olvido en los matices.  
Los tonos de la pena que consuelan.



Concepción Bertone nació en Rosario en 1947. Este poema pertenece a su libro *Citas* (Rosario, Bajo la luna nueva, 1993).

Íntimo territorio. Una heredad  
de tardes que estrechando demoraban  
lo nuestro que se pierde inexorable.  
Rémoras de café, de humo. Es probable,  
como pensaba Blake, que los deseos  
vulnerables se tricen con razones  
que pergeñan sus sombras y las nuestras.  
No la del gato oscuro  
que era muesca  
de luna, de extramuros, de secretos.

El gato del Radar.  
La mancebía del olor de ese gato  
aletargado en su negro pelaje.  
Las cesuras ígneas de su mirada  
entre las mesas  
exhumaban la noche, las promesas,  
la luna meretriz. Mito. Pasado.

El amor como el gato  
que ha salvado algunas de sus vidas  
ahora envejece —entre las siete  
que le fueron dadas— la última  
y mortal  
huele a prohibido.  
A sueño lupanar como el olvido  
que quiero transgredir con el poema.

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

**Predio del tiempo  
arrebatado al  
tiempo**



En el territorio íntimo del bar,  
el gato gasta su séptima vida  
y envejece entre las mesas, el  
café y el humo. El amor, co-  
mo el gato, también vive la úl-  
tima que le queda a pesar de  
que la poeta se esfuerza en  
rescatarlo del olvido.

60

## Del bajo al centro

por Onir Asor

**I**nconscientemente abandonó la agencia y ganó la calle. Los edificios chatos siempre iguales. La gente siempre la misma. Las calles siempre idénticas. Pregones iguales, escaparates iguales, diarios y revistas iguales, veredas iguales, caras iguales... Orfanus, impasible, seguía escuchando la sirena de bronce debussiano del



Ángel Guido nació en Rosario en 1896 y murió en la misma ciudad en 1960. Este es un fragmento de su novela *La ciudad del puerto petrificado*. El extraño caso de Pedro Orfanus (Rosario, 1954).

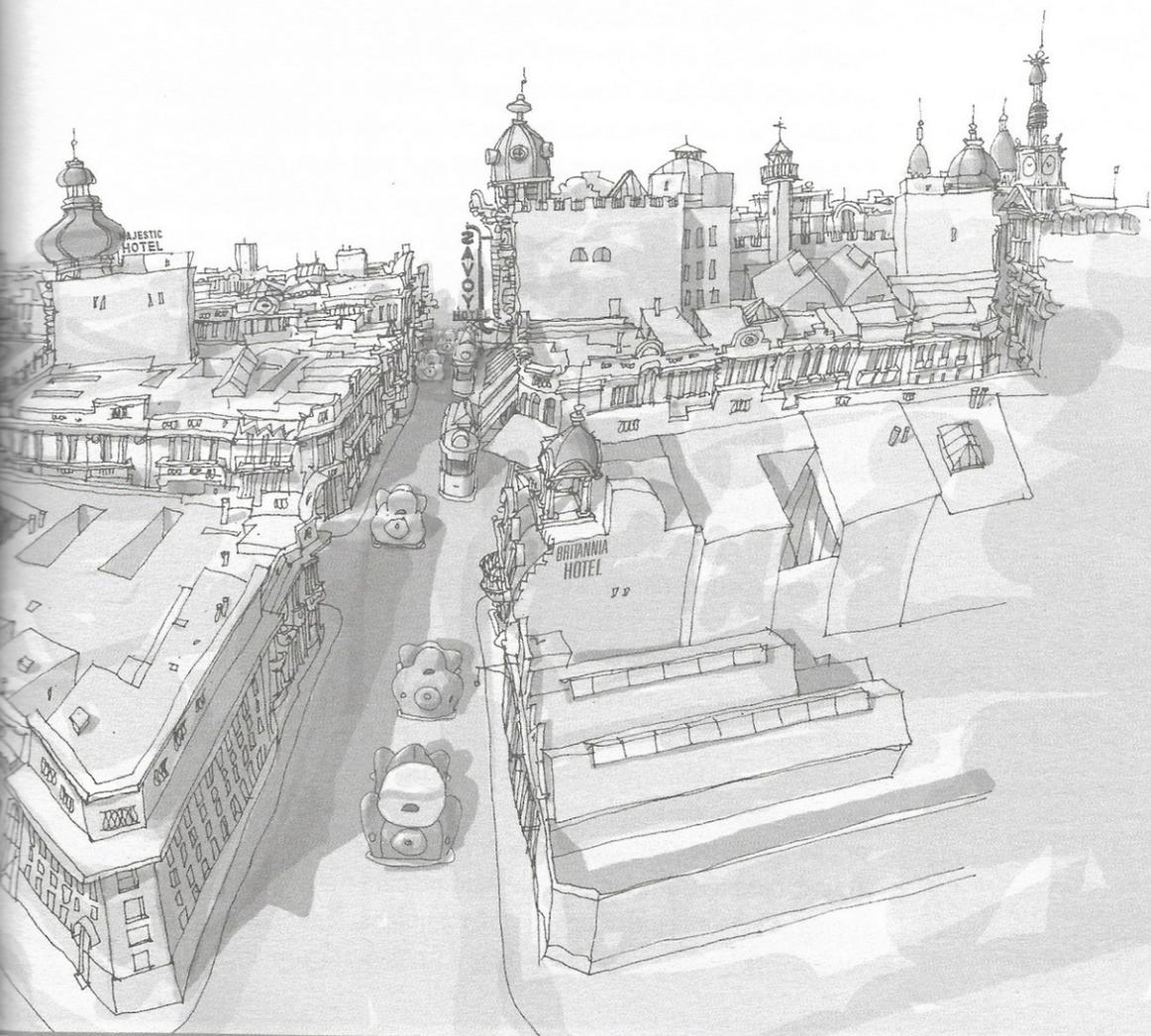
AXEL JOHNSON. Tuvo compasión por esos seres fatalmente iguales. Iguales hoy, iguales mañana, anclados en la ciudad inhóspita, en la ciudad sin el puerto de su infancia. Él, en ese instante, era un ser extraordinario: era MARINERO DEL AXEL JOHNSON.

Imprevistamente se sintió gigante. Él, Orfanus, era un marinero gigante, de pecho descubierto y tatuado sobre el esternón. La cara bronceada por el sol, los brazos, los ojos y los labios quemados por la sal y el yodo de las borrascas marinas. El ancho de su espalda: 18 metros. Su altura: 150 metros. Dimensiones iguales a manga y



**Escaparates  
iguales, veredas  
y caras iguales**

>>>



>>> esloza del AXEL JOHNSON. Su paso firme incomodaba el tránsito de la ciudad. Ascendió por la calle San Martín y penetró en la calle Córdoba. Con sus zapatos enormes separaba autos y peatones para no aplastarlos. Las casas, de juguete, y los edificios más altos, apenas le llegaban a las rodillas. Fue sorteando los letreros luminosos hasta la calle Sarmiento: “Gath y Chaves”, “Sorocabana”, “Lutz, Ferrando y Cía.”, “Cassini”. Como un Gulliver marinero fue esquivando, también, los artefactos anunciadores hasta la calle Corrientes: “Escasany”, “La Favorita”, “Radar”, “La Perfección”, “El Relicario”, “Singer”, “Siam”, “Recamier”, “Manavella”, “My Dolls”, “Tienda La Buenos Aires”, “Trini”, “Palace”.

Y así, con el pecho recio al descubierto, aventado por todos los vientos de todos los mares del mundo y siempre en la escala gigante del personaje de Swift, regresó por la calle San Lorenzo hasta la bajada Sargento Cabral. Acercóse al puerto. Aún sonaba en sus oídos la campanada de bronce sumergido de la sirena del AXEL JOHNSON. En efecto, ahí estaba, despegando para zarpar, el AXEL JOHNSON. Sobre el río sereno se deslizaba, gallardo, magnífico, imperial. Más que un buque de casco de acero, era un dios panteísta venido a consagrar y convertir a su rito al manso río Paraná. El bauprés orgulloso tenía el gesto poderoso y magnífico de señalar el destino de la humanidad...

—¡Adiós camarada! —exclamó Orfanus agitando el pañuelo—. Mírame: ¡tengo tu dimensión! ¡Hasta pronto, viejo amigo! Algún día seré tu marinero y quizás tu capitán. Viajaré contigo por todos los mares del mundo. Me mojaré la cara, las manos, el cuerpo y la sangre, con el agua salobre que en breve acariciará tu casco de acero. Juntos escucharemos la canción cósmica de todos los vientos, de todas las borrascas, de todas las tempestades de mares y océanos. Alrededor de tus mástiles, como alrededor de mis brazos enormes, nos escoltarán bandadas de gaviotas blancas, grises, azules. Traeré para esta ciudad del puerto petrificado, para esta ciudad antirro-mántica e inhóspita, puntillas de Brujas, pañuelos de seda de la China, porcelanas de Yokohama, canela de Madagascar, corales de Capri, perlas de Bagdad, canciones de Nápoles, sirenas del mar Egeo. Traeré, también, una lámpara de Aladino para transfigurar, mágicamente, a esta mi ciudad opaca y mercantil, haciéndola transparente y celeste como un domingo del puerto florido de mi infancia.



Onir Asor es el anagrama de la palabra “rosarino” y fue el seudónimo con que el ingeniero arquitecto Ángel Guido, autor del Monumento a la Bandera, pero también del edificio del Club Gimnasia y Esgrima, entre otros de la ciudad, escribió esta singular novela, que denuncia, a través de una ficción delirante, las nefastas consecuencias de la paralización del puerto en los años 50.

»» eslora del AXEL JOHNSON. Su paso firme incomodaba el tránsito de la ciudad. Ascendió por la calle San Martín y penetró en la calle Córdoba. Con sus zapatos enormes separaba autos y peatones para no aplastarlos. Las casas, de juguete, y los edificios más altos, apenas le llegaban a las rodillas. Fue sorteando los letreros luminosos hasta la calle Sarmiento: “Gath y Chaves”, “Sorocabana”, “Lutz, Ferrando y Cía.”, “Cassini”. Como un Gulliver marinero fue esquivando, también, los artefactos anunciadores hasta la calle Corrientes: “Escasany”, “La Favorita”, “Radar”, “La Perfección”, “El Relicario”, “Singer”, “Siam”, “Recamier”, “Manavella”, “My Dolls”, “Tienda La Buenos Aires”, “Trini”, “Palace”.

Y así, con el pecho recio al descubierto, aventado por todos los vientos de todos los mares del mundo y siempre en la escala gigante del personaje de Swift, regresó por la calle San Lorenzo hasta la bajada Sargento Cabral. Acercóse al puerto. Aún sonaba en sus oídos la campanada de bronce sumergido de la sirena del AXEL JOHNSON. En efecto, ahí estaba, despegando para zarpar, el AXEL JOHNSON. Sobre el río sereno se deslizaba, gallardo, magnífico, imperial. Más que un buque de casco de acero, era un dios panteísta venido a consagrar y convertir a su rito al manso río Paraná. El bauprés orgulloso tenía el gesto poderoso y magnífico de señalar el destino de la humanidad...

—¡Adiós camarada! —exclamó Orfanus agitando el pañuelo—. Mírame: ¡tengo tu dimensión! ¡Hasta pronto, viejo amigo! Algún día seré tu marinero y quizás tu capitán. Viajaré contigo por todos los mares del mundo. Me mojaré la cara, las manos, el cuerpo y la sangre, con el agua salobre que en breve acariciará tu casco de acero. Juntos escucharemos la canción cósmica de todos los vientos, de todas las borrascas, de todas las tempestades de mares y océanos. Alrededor de tus mástiles, como alrededor de mis brazos enormes, nos escoltarán bandadas de gaviotas blancas, grises, azules. Traeré para esta ciudad del puerto petrificado, para esta ciudad antirro-mántica e inhóspita, puntillas de Brujas, pañuelos de seda de la China, porcelanas de Yokohama, canela de Madagascar, corales de Capri, perlas de Bagdad, canciones de Nápoles, sirenas del mar Egeo. Traeré, también, una lámpara de Aladino para transfigurar, mágicamente, a esta mi ciudad opaca y mercantil, haciéndola transparente y celeste como un domingo del puerto florido de mi infancia.



Onir Asor es el anagrama de la palabra “rosarino” y fue el seudónimo con que el ingeniero arquitecto Ángel Guido, autor del Monumento a la Bandera, pero también del edificio del Club Gimnasia y Esgrima, entre otros de la ciudad, escribió esta singular novela, que denuncia, a través de una ficción delirante, las nefastas consecuencias de la paralización del puerto en los años 50.

# Rosario Ilustrada

## **Guía literaria de la ciudad**

Más de setenta escritores que tomaron a Rosario como escenario de sus relatos y poemas, a lo largo de diez recorridos por la ciudad que la literatura reinventó en el último siglo y en diez entregas quincenales. La ciudad de las cosas que ya no son y perviven, o nunca fueron pero podrían ser. La de nuestras mejores y peores fantasías.

**Una ciudad imaginaria. O la única real.**

*En el año del III Congreso Internacional de la Lengua Española  
 “Escritura literaria: la invención de una identidad”*



III Congreso de la Lengua Española  
 “Identidad lingüística y globalización”

**:e(m)r;**

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO  
 SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)